



CENA DE FIN DE CURSO

OARSO se complace en publicar en sus páginas este poema de recuerdos estudiantiles de JORGE G. ARANGUREN. Queremos recordar que nuestro colaborador y poeta es el autor de obras como «La vida nos sujeta», «Largo regreso a Itaca», «Vivir con Proserpina», y ha sido galardonado con premios como el «Guipúzcoa 1969», «Hernani», «Félix M.^a Samaniego», «Carabela Hispanidad» en poesía, y que en el «Ciudad de San Sebastián» del último año ha «copado» realmente los primeros puestos.

(IGUELDO, JUNIO DEL 73)

(A mis compañeros del curso de Románicas,
con la nostalgia de un tiempo ya irre recuperable.)

*Estamos todos juntos,
mirándonos mientras se parte el pan;
los primeros pedazos nos dejan en los dedos la pereza del horno,
sopor tierno del pan.*

*Se nos acerca mansamente la sigilosa anochecida,
todo el cielo migajas
como de leche;
se llega mansamente, como dulce animal enrojecido,
hasta el vidrio dispuesto para observar el mar.*

*Y nos contempla a todos juntos,
a casi todos juntos,
a quienes con gesto distraído movemos los cubiertos
y miramos
la bahía lejana y su tazón;
y recorre con ojos transparentes y lúcidos
el ámbito
acogedor,
detiene el propio pulso y sin malicia
lo huele todo, repara en mí,
le asombran o complacen nuestras copas,
nuestras manos,
el Brueghel rosa y negro, y sus lebreles en la nieve,
arañas, alacena,
la peluquería de las chicas.*

Se rompe la herrumbre del comienzo,
sonreimos,
hay discreta algaraza ante la breve espuma del champán;
volvemos a lo nuestro,
a lo nuestro.

No obstante, se podría
buscar el hueco, la rompiente de la primera estrella,
pasar un dedo cruel sobre el mar apagado,
se podría
pacer el viento en paz,
chupar su caramelo al novilunio.

Todo eso y más, pero lo hallamos
una pizca de sobra
así que todos juntos volvemos a nuestras cosas importantes.

Tenemos de qué hablar, son verdes años
de juventud,
dulzarrones, espesos,
los que hoy pasarán lista.

Y somos como niños rebuscando juguetes,
juguetes que no usaremos más,
pegando el cromo último en el álbum ya manoseado.

Pero tenemos miedo,
qué terrible
cerrar la página,
la página,
un crujido a! acecho, y los breves y audaces
resplandores del polvo.

Por eso que nos arrebuja
como aves de corral, no hay pupila ni pluma
que hurte el pico del tiempo.

Damos pasitos breves
del mantel al suceso,
del vino a la memoria.

Sentimos que nos empequeñece, nos roe nuestro miedo,
y nos decimos cosas agradables,
el aula aquella,
el chiste,
la corbata del profesor.

Alguien ríe,
reímos;
la atardecida se ha despedazado en el cantil del cielo,
nadie atisba
nuestra medrosa intimidad.

Se ha hecho la noche fría, el mar es un lagarto
bífido y con disnea, los pinos ominosos.

Y nos sabemos juntos,
y nos queremos juntos,
que nadie pregunte por la hora, nadie
debe atreverse.

Comemos y reimos,
los chicos y las chicas en hermosa promiscuidad.

De esta forma levanta algarabía
el largo gallinero,
y tratamos de apretarnos los hombros,
la conciencia,
los dedos temblones,
fraternidad en el pretil agreste de la noche de Junio.

Cómo nos apoyamos,
de qué forma
buscamos el calor, la luz desvencijada de nuestra compañía.

Sonríen las muchachas, nos parece
maravilloso esto,
sus ojos y sus bocas qué región de ternura;
bailamos en el preciso borde de un cristal de Bohemia.

A veces, baja el tono
de la conversación;
por una esquina aparece de puntas
el pulmón del silencio.

Y pasa que quisiéramos gritar: las manos agarrotan
el mantel, las lilas del mantel,
contemplamos el vaho de los vidrios, el horrible tic-tac,
como una asfixia colectiva y atroz.

Los cubiertos relucen, nos amenazan,
crecen.

Nos miramos casi aterrorizados.

Luego
alguien inventa alguna cosa,
el salvador explica alguna querida tontería;
con alivio nos miramos de nuevo,
se comprueba
que están secas las plumas,
las tristes plumas,

Estamos todos juntos en esta cena amable y peligrosa
engañándonos todos,
al filo de nuestra insobornable soledad.